

Miré a la Pequeña maya con ternura y corrimos hasta el bus que nos llevaría a Teotihuacán. Los primeros cerros del conurbano se veían a la distancia. Las casas encaramadas y a maltraer también, y sobre ellas el bosque deforestado y mísero. Yo no podía pensar en otra cosa que la dificultad de plasmar estas cosas en algún lado. En la violencia y el silencio. En lo poco que sabía de ello.

A mediodía, la zona que envolvía a los Indios Verdes, la estación Indios Verdes, era un mar de gente. Granaderos requisaban filas de personas esperando el autobús y cobraban mordidas a vendedores de películas piratas. Le pregunté a la Pequeña Maya si esos tipos eran militares.

Tomamos el bus.

Los llamamos camiones, dijo la Pequeña maya.

El bus partió con nosotros dentro. Al reverso del cristal, máquinas con tolvas y palas mecánicas alborotaban la zona dando vueltas alrededor de unas estatuas. La Pequeña maya dijo que aquella era la eterna historia de los Indios Verdes. Da la impresión de que no supieran qué hacer con ellos, dijo.

Mientras el bus se adentraba en el Estado de México, la Pequeña maya empezó a contarme su historia. Itzcóatl y Ahuizotl. Guerreros mexicas. Tlatoanis y unificadores de grandes sectores de México antes de la existencia de México. A sus pies, la cabeza de un jaguar y

glifos nahuas y mayas. Fueron encargados para la gran Bienal de París a fines del siglo XIX a un escultor de apellido Casarín. Nunca llegaron. A mí nunca me han parecido bonitos, dijo. Tras su viaje fracasado los instalaron en el Paseo de la Reforma y Bucareli. Algunos dicen que a los vecinos les parecieron de muy mal gusto y decidieron expulsarlos hasta La Calzada de la Viga, la calzada de los ahorcados. Apenas iniciado el siglo, fueron reubicados una vez más. Nadie sabe muy bien por qué, pero sus figuras de cobre, que ya empezaban a enmohecerse bajo una tonalidad verdosa, fueron acarreadas hasta Insurgentes Norte, casi en la periferia y cerca de la autopista que va hacia Pachuca. Y ahí se quedaron durante un largo tiempo. En los setentas llegaron ahí, donde los veíamos desde el reverso del cristal del bus, rodeados de máquinas de construcción que daban la impresión de querer moverlos una vez más.

Los asientos del bus parecían manchados de semen, la ventana que me tocó se ramificaba en una multitud de líneas que partían desde un centro trizado. Pensé en la potencia del piedrazo recibido y en el camino por recorrer. Al anverso del vidrio, fueron apareciendo nuevos y nuevos cerros con sus casas encaramadas, sin pintar, parecían agarrarse para no caer por pendientes y laderas. Me costaba imaginar la vida de alguien nacido allí, que ahí naciera un niño, que creciera o fuera feliz, de mi cabeza solo salían imágenes oscuras, matanzas, violaciones, trata de blancas, narcotráfico, miedo, silencio. Pero como conceptos, como peces al otro lado de un mundo sumergido, de un acuario de agua descompuesta. Quise guardar todas las imágenes vistas para algo que aún no acababa de comprender, y me fui acurrucando hasta quedarme dormido. Era un turista, y tenía sueño.

Soñé con una vieja caja fuerte emplazada en el pasillo de la casa paterna, su color verde se tornaba negro mientras la abría hasta coger un pequeño libro de su interior. Después veía niños, pequeños niños musculosos llenando los vagones del metro en la estación Indios Verdes. Le preguntaba a un policía hacia dónde los llevaban y él respondía que hasta la estación final, hasta Universidad, hacia el sur. El vagón de pasajeros es el último, decía, puede pasar por ahí. Entonces me escabullía en el vagón y buscaba la ventanilla para mirar al carro contiguo. Al anverso del vidrio, pequeños niños musculosos se babeaban entre sí. El metro se detenía estación a estación, y los niños se iban apilando como ganado, golpeándose o subiendo sobre el cuerpo de un compañero. Un rostro amorfo se adhirió a la ventanilla. El niño parecía pedir algo mientras babeaba el cristal. Puse mi oído contra la superficie fría e intenté entender su dialecto como de burbujas submarinas. Creí oír que decía la palabra freno. Freno y algo más. Apunté el freno con el dedo. Gesticulé el movimiento que debían hacer para remover el casquete y jalar la palanca. Al anverso del cristal, los niños comenzaban a morderse unos a otros. Entonces el metro comenzaba a acelerar y yo intentaba pasar entre el resto de los pasajeros hasta dar con el freno de emergencia, pero el calor asfixiaba en cada movimiento y la gente no prestaba la menor atención. Cuando logré llegar hasta la palanca, la grabación de una voz femenina anunciaba nuestra llegada por el altoparlante: Estación Universidad, todos los pasajeros deben descender. Las compuertas se abrieron y una encerrona de granaderos fue encauzando a los pequeños hasta la salida de la estación, rumbo a la parada de Pumabus en la UNAM. Y entonces todos nos hicimos los desentendidos, en un gesto que unía la vergüenza y, a veces, el desprecio. Vi a los granaderos y sus Uzis mientras, lentamente, despertaba.

Solía suceder, los piedrazos a veces daban en el blanco y entonces podían saquear cualquier tipo de vehículo. Otros decían que era solo una figura construida por la imaginación, que acá las cosas se conversaban. Le dije que había soñado con una historia que tenía principio, medio y fin, con nudos, clímax, anticlímax y todas esas cosas. Ya, ni modos, contestó ella y dijo que casi llegábamos a las pirámides. Contemplé por última vez el cristal quebrado junto a mi asiento, el núcleo de su trizadura en el centro y la bella ramificación de líneas aireadas dentro del cristal. Parecían dirigirse a la nada, parecían perderse hacia el otro lado del vidrio. Pensé si el disparo de un granadero podía quebrar un vidrio como aquel.

Subimos y bajamos pirámides. Caminamos por la Calzada de los Muertos. Hicimos turismo. Compramos souvenirs de obsidiana. Volvimos al Distrito Federal mientras caía la tarde. También conversamos sobre los guiones encargados por el Instituto Federal Electoral. El asunto era sencillo y atractivo: teníamos 150 entrevistas a ciudadanos de provincia. La voz del verdadero pueblo. Todos los oficios posibles, grabados durante un año. La pregunta eje: ¿qué entiende usted por democracia? ¿Qué desearía para su comunidad?

¿La intención? Motivar el voto voluntario y responsable en las provincias mexicanas, donde con razón ya no se creía en la ciudad ni sus gobernantes. Sin panfletos ni pendejadas. Sin tomar a la gente por idiota. Un guion de radionovela para promover la democracia mexicana. La voz del pueblo en una bandeja, para devolverla en un plato con mierda y dársela de comer. Aunque no se suponía

que acabaríamos en eso. Mediante emails les expliqué que me interesaba trabajar con un personaje basado en la voz de un alfarero de Santa Fe de la Laguna, un michoacano. Pero al IFE no le servían los habitantes de comunidades autónomas. De todos modos, la voz del alfarero estaba ahí, entre los archivos de audio que eran la base del proyecto de guión, así que no les quedó de otra. Aunque desfavorablemente, en México se podía negociar.

El bus volvió hasta la estación Indios Verdes. Entre las sombras, la maquinaria pesada seguía rodeando a Itzcóatl y Ahuizotl. Las calles ya estaban vacías. Entonces noté que Itzcóatl sostenía un garrote con puntas en su mano derecha, pero su postura era rígida, los brazos permanecían pegados al tronco, como si un anillo invisible o una parálisis nerviosa lo mantuviera inmóvil. Me pareció alguien contenido, encabronado y contenido. Los tres o cuatro metros de Ahuizotl parecían tener mayor movilidad, se apoyaba en un bastón y parecía mirar al cielo. Pájaros o aviones, pensé cansado. Quiero volver, dije a la Pequeña maya y apunté al cielo negro. Quiero volver a casa, dije. Ella preguntó qué estaba entendiendo yo por casa, y habló sobre un terremoto en el año '85, una suma innumerable de muertos, edificios desplomados como pasteles. Dijo que, según el rumor, cada vez que los Indios Verdes eran removidos, el suelo del DF se volvía a resquebrajar un poco más. Un día al fin se abriría por completo. Le conté que había tomado una foto aérea del DF al llegar y que sí me daba la impresión de algo enorme que siempre está a punto de quebrarse. Pues déjame verla, dijo. Saqué la cámara del morral, la encendí y busqué la imagen oscura y luminosa.

Nos asomamos juntos al visor. Al anverso del cristal líquido de la pantalla no había más que una imagen difusa. La Pequeña maya miró hacia el cielo sobre el andén, hacia el anverso del suelo. Sobre nuestras cabezas, probablemente, estaban los Indios Verdes. A su alrededor, la maquinaria pesada.

El augurio de un derrumbe.